

Una escoba de ramas

Rosalba de Jesús Usma



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Una escoba de ramas

Una escoba de ramas

Rosalba de Jesús Usma

Una escoba de ramas
© Rosalba de Jesús Usma

Fondo Editorial
Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Apoyo editorial:
Laura Valentina Cardona Botero
Natalia Restrepo Sanmartín

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo
José Mauricio Jaramillo Arango
Natalia Restrepo Sanmartín

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: septiembre, 2026
ISBN: 978-628-97637-1-3

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36-66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Los relatos, testimonios, reflexiones y datos que conforman este libro pertenecen a la voz de la autora. Cada aporte expresa su experiencia y mirada personal, y no debe entenderse necesariamente como una declaración oficial del Museo Casa de la Memoria. Esta obra busca dar lugar a la pluralidad de perspectivas que enriquecen la construcción de memoria.

La cubierta de esta publicación fue realizada con apoyo de herramientas de inteligencia artificial.

Martes 3 de abril de 2018

Esta historia la quiero contar porque deseo que muchas personas sepan quién soy y qué es lo que me ha movido a escribir. Siento que si Dios me ha dado la oportunidad de contar mi historia, con el deseo de que sirva de algo, o sea, de ejemplo de fortaleza, es porque sé que lo que voy a contar es muy triste, porque la vida me ha marcado con hechos victimizantes que no se pueden quedar en el rincón del olvido.

Mi nombre es Rosalba de Jesús Usma Patiño. Tengo setenta años y nací en Fredonia, Antioquia, en una familia campesina. Fui la hija mayor de la familia. No sé si haberlo sido fue lo mejor, porque desde muy pequeña tuve muchas responsabilidades con mis hermanos menores. Cuando tenía dos años nació mi segunda hermana y desde ahí empecé a ayudar con el cuidado de todos los hermanos que fueron naciendo. Desde muy pequeña tuve que colaborar con los quehaceres de la casa. Barrer con la escoba de ramas que mi mamá me hizo fue la primera labor que desempeñé desde los tres años. A los cuatro años ya me tocaba ayudarle a mi mamá a moler y pilar el maíz para las arepas; era un trabajo muy duro para una niña tan pequeña porque se necesitaba mucha fuerza.

Desde esa misma edad me mandaban a la quebrada a lavar toda la ropa de mis hermanas y hermanos, y la de mi mamá y mi papá, que estaba muy sucia por ser campesinos. Me la pasaba todo el día en la quebrada; parecía un chicharrón negro de tanto que me asoleaba lavando, remojando y extendiendo la ropa. Para quitar mejor la suciedad, machacaba unas pepitas, que no recuerdo cómo se llamaban, pero ayudaban a dejar la ropa más limpia. Después de eso me tocaba baño, entonces me bañaba en los charcos, tendía la ropa en los alambrados y barría el patio y los caminos que llevaban a la casa. Ya cansada, caminaba unas cuatro o cinco cuerdas hasta otra quebrada donde el agua salía más limpia para poder cocinar. Por eso mi infancia fue difícil.

La casa paterna

¡Cuántos recuerdos hermosos tengo de la casa vieja! Aunque también son tristes, porque allí pasé mi niñez y no fue la mejor. Yo creía que era normal que tuviera que recoger leña para el fogón, cargar agua del pozo, coger café, barrer los caminos y patios de la casa, sembrar jardín y hortalizas, y lavar la ropa en una quebrada. Y, con todo esto, me quedaba tiempo para jugar en los columpios y molinetes, me arrastraba por los potreros y llegaba con los calzones en la mano porque se me dañaban. No veía la hora de que el sol alumbrara para levantarme y continuar.

Viví en Fredonia hasta los nueve años. Pese a todas las dificultades, a los cinco años, después de rogarle a mi mamá que me metiera a la escuelita de la vereda, porque mantenía muchas ganas de estudiar, entré sabiendo hacer algunas letras y escribir mi nombre, porque una vecina me había enseñado en una pizarra; cuando eso no era tan común usar cuadernos.

En ese mismo año, la profesora tuvo la idea de regalar un vestido de primera comunión y me escogió a mí para recibirlo porque era la niña más pobre de toda la vereda; con ese vestido hice la primera comunión a los seis años. Mi abuela, que vivía entre Fredonia y Medellín, especialmente en Bello, donde residían varios de sus hijos, se molestó mucho porque ella quería, por ser la mayor, regalarme un vestido bonito para esa ocasión. Sin embargo, yo ya tenía el vestido que me había dado la profesora.

Desde muy pequeña he sufrido de hemorragias nasales, y el día de la primera comunión, precisamente, cuando iba devolviéndome para la casa, me dio una hemorragia y se me manchó todo el vestido; ensangrentada y todo, me fui a recibir los regalos que en esa época eran muy sencillos: una monedita de cinco centavos. Seguí estudiando en la escuelita rural donde repetí segundo año, porque solo había primero y segundo; las opciones eran limitadas.

Cuando cumplí ocho años, mi papá dijo que no podía seguir alimentando tantas bocas. Mi mamá tomó la decisión de mandarme a trabajar a una casa de familia en el pueblo haciendo labores domésticas. Tenía apenas ocho años y medio; prácticamente acababa de cumplir los ocho: cumpla años el 6 de julio y, comenzando enero, ya estaba trabajando. La señora con la que empecé a trabajar me enseñó muchas cosas, aprendí mucho, pero me daba mucho garrote, me pegaba y me maltrataba. Mis manos eran llenas de morados y mi cabeza llena de chichones, porque me daba muy duro en la cabeza.

Cuando se me quebraba un plato me golpeaba, aunque yo era una niña que no tenía la fuerza suficiente para sostener esos platos tan pesados. Incluso me ponía adobes o un burrito para que yo pudiera alcanzar el lavaplatos; igual en el lavadero, porque también tenía que lavar toda la ropa a mano. En ese tiempo no había lavadoras. Lo único

que no hacía era cocinar porque no alcanzaba el fogón. Me encargaba del aseo de esa casa tan grande construida en madera, que era un segundo piso. Me tocaba estregar con esponjas de alambre y cepillos todas las tablas hasta dejarlas bien amarillitas.

En esa casa duré como seis meses porque no fui capaz. Un día, mi mamá llegó por la platica que me ganaba, que eran treinta pesos mensuales. Me encontró golpeada y llena de morados. Yo estaba llorando. Mi mamá le hizo el reclamo a la señora, que se llamaba Domitila, de quien escribieron un libro contando la historia de su vida, quien respondió que me podía llevar porque igual yo no le servía de mucho porque estaba muy pequeña.

Recuerdo que me daba una ropa toda linda que iban dejando las hijas: eran unas túnicas anchas que se usaban en esa época. Después de eso me quedé en la casa con mi familia, pero a los quince días mi papá volvió a decir: «Lucila, llévase esa muchachita a trabajar otra vez. Yo no soy capaz de mantener tantas bocas». Éramos doce hijos, aunque una de mis hermanitas mellizas murió a los veinte días de nacida. Finalmente crecimos once hermanos.

Antes de cumplir los nueve años entré a trabajar en otra parte, pero tampoco duré mucho tiempo porque había un señor muy borracho y no me gustaba. Lo siguiente fue que mi mamá me mandó con una señora que viajaba del pueblo a Medellín para dejarme en una casa en Envigado para trabajar. En esa casa vivían siete hombres. Había uno que quería abusar de mí; yo no sabía qué era eso y no entendía por qué me quería manosear. Llorando le dije a la señora de la casa que yo me quería devolver para donde mi familia porque los extrañaba mucho, pero era para no aventar al muchacho que me estaba haciendo daño, porque él me había amenazado con que, si le decía a la mamá de él, me iba a hacer algo peor.

Fue así como regresé al pueblo, donde me ocupé en labores del campo y en la recolección de café, porque cada fin de año mi papá nos sacaba de la escuela para llevarnos a coger café en las cosechas; ni siquiera terminábamos el año escolar.

Me sentía tan cansada de esa vida... de un lado al otro con los chiritos en una cajita, haciendo mandados al pueblo que quedaba a

más de una hora... caminando por todo ese desecho... era puro monte. A veces me mandaban a las seis de la tarde a hacer un mandado al pueblo y no volvía a la casa hasta las ocho de la noche. Me parece a mí que era mucho maltrato.

Un día, cuando tenía nueve años larguitos, mi mamá me cogió y me dio una pela muy horrible porque no sabía ordeñar una vaca. A ella, un vecino, por caridad, le prestaba unas vacas para que las cuidara y las deslechara; con esa leche mi mamá alimentaba a mis hermanitos y hermanitas. Ella me ponía a ordeñar y yo bregaba a sacarles leche de esas tetas, pero no era capaz; en cambio, mi hermanita, la tercera, lo hacía muy bien. Eso a mi mamá le dio rabia y me pegó tan duro que decidí irme. Recogí un kilo de higuerilla, de ahí sacan aceite medicinal; empaqué la ropa en una cajita de cartón y cogí camino para el pueblo. Allá vendí la higuerilla y con esa plata compré el pasaje para Medellín y me vine.

Llegué donde unos tíos que vivían en la casa de mi abuela, a quien yo llamaba «mamá» porque era muy linda conmigo. Falleció de una bronquitis cuando yo tenía siete años. Recuerdo que con ella veníamos a veces a Medellín; nos quedábamos unos quince o veinte días antes de volver al pueblo. Con la muerte de mi abuela me quedé sin apoyo. Ya viviendo con mis tíos en Bello me puse a trabajar en una casa de familia donde me iba bien y me pagaban de manera cumplida.

En esa casa trabajaba de día y en la noche estudiaba para avanzar en los estudios de la primaria. Así estuve más o menos tres años, hasta que por medio de una conocida conseguí un trabajo en el Seminario Mayor de Medellín. Allá llegué con casi trece años. Me dedicaba a cocinar, lavar ropa, limpiar y, en general, a ayudar en lo que fuera necesario.

Para poder empezar a trabajar en el Seminario Mayor mi tío consiguió prestados doscientos pesos con un señor que bajaba del campo a Medellín a vender quesito y mantequilla. Con ese dinero me compraron las telas para los uniformes, los zapatos, las medias y la ropa interior. Yo ni siquiera había empezado a menstruar, pero me empacaron todo lo necesario para la vida adulta.

En ese nuevo trabajo, al principio, lloraba mucho porque extrañaba a mi familia. Yo era la más joven, junto con una compañera de quince años; todas las demás rondaban los cincuenta años. Allá el pago era

de ciento ochenta pesos mensuales, y mi mamá iba todos los fines de mes por esos ciento ochenta pesos. Yo estaba feliz de poder ayudar a mi familia con mi trabajo, pero, como yo no sacaba un peso para mí, eso les daba mucha rabia a las monjas. Decían que por qué me tenían que quitar toda la platica sabiendo que era yo la que estaba trabajando, que si era que mi papá no trabajaba. Yo les decía que sí, pero que, como era trabajo en el campo, pues ganaba muy poquito.

Las monjas le daban la platica a mi mamá, pero igual a ellas les daba mucho pesar que porque todo lo que yo me ganaba se lo daba a ella; entonces, no solamente le empacaban la platica, sino que también le empacaban unas cajas llenas de panes, llenas de carne... de todo le echaban en esas cajas. Yo no sé mi mamá cómo hacía para cargar todo lo que le daban del Seminario para llevarlo al pueblo, y por allá que ni siquiera había transporte de carros para la montaña ni nada... Yo no sé ella qué hacía, si le prestaban burros por ahí o no sé qué para llevar todo lo que le daban.

Allá estuve cinco años, hasta que cumplí los dieciocho. Fueron cinco años en que yo estuve encerrada. Durante los dos primeros años del Seminario apenas pude salir en dos oportunidades porque era interna, entonces salíamos cada mitad de año: cuando los seminaristas terminaban y a fin de año. Me salí porque un señor, que también trabajaba en el Seminario, empezó a acosarme a pesar de que era casado. Él vivía en los alrededores y me vigilaba cuando salía a hacer algunas actividades nocturnas, como pasear a los perros o barrer los exteriores. El señor se escondía detrás de unos buses a quererme coger. Yo vi la cosa muy maluca y no me quise quedar.

A los ocho días de haber salido del Seminario se me atravesó el diablo. Yo me fui para el pueblo, pero debía volver a Medellín a recoger el resto de mis pertenencias, como mi guitarra, porque tocaba guitarra. Entonces, como yo venía para Medellín, una hermana mía me encargó entregarle una nota a un señor que manejaba una emisora en el pueblo. Ese señor me dio algo y yo perdí el sentido durante tres días. Abusó de mí. Producto de esa violación tuve un hijo.

Con eso y todo, el tipo salió a decir que yo ya no era señorita y otras mentiras, sabiendo que yo no tenía relaciones con nadie.

Jamás había tenido relaciones. Ya en embarazo me tocó ponerme a trabajar en las labores del campo; me tocaba colgarme un canasto para coger los granos de café. Cuando tenía siete meses de embarazo nos desplazaron del pueblo. Eso fue en 1974. Nos tocó irnos porque a mi papá lo iban a matar por ser conservador. Mi mamá vendió la finquita que le había dejado mi abuela por apenas diez mil pesos. Fue demasiado, demasiado complicado.

Yo salí de por allá, del pueblo, y tenía un novio con el cual me iba a casar y todo, y perdí la oportunidad de casarme con él, porque el muchacho ya quería que formalizáramos la relación. Yo era muy noviera, tenía muchos novios, pero porque yo era muy linda. Entonces, ¿cómo iba a perder él a esta mujer tan hermosa por allá con todos esos muchachos bonitos? Todos eran detrás de mí, en esas fiestas, festivales del campo y todo eso. Pagaban para bailar conmigo; yo bailaba muy bonito. Entonces yo me sentía orgullosa, y me vestía muy bonito también, porque yo ya trabajaba y ya me daba un poquito más de gusto.

Me desplazaron ya con siete meses de embarazo. Nos fuimos a vivir a una casita en el campo. Era como para cuidar, solamente. Era por allá mismo en Bello, en las afueras del municipio. Nos dieron para vivir esa casita que valía, me parece que eran, cien pesos, pero a la final nunca cobraban eso ni nada, sino que era como para que viviéramos ahí.

De ahí nació el niño. Mi mamá fue la que me llevó al hospital. El niño nació el 23 de marzo de 1974. Yo ya tenía los diecinueve cumplidos. Cuando en la clínica se me va apareciendo una señora que me dijo: «Yo soy la esposa de Mario», así se llamaba. Y yo: «¿Cómo así?». «Sí, yo soy la esposa de él. Usted es Rosalba, ¿cierto?». Y yo: «Sí». Yo me puse a llorar. «¿Usted y yo por qué no hablamos? —me dice—, porque le quiero decir algo: dele gracias a Dios que usted pudo tener su niño, porque ha habido cinco mujeres que pasaron por la vida de él y siempre que las ha embarazado las tira a rodar por las escalas. Unas se han muerto y otras han perdido los niños. Entonces, dele gracias a Dios que usted quedó viva para que pueda levantar su niño».

Resulta que yo era como, ¡ay!, yo no sé si enyerbada o qué... No, tan horrible la situación con ese señor y el acoso y todo. Pero como él les daba plata a mis papás, ellos eran como accediendo a que yo

continuara con él y yo no quería. Entonces, yo hablaba mucho con un hermano de él también, y me decía que era que él me había dado cosas para que yo pudiera continuar con él. Pero de esas cosas que le cambian la vida a uno...

Resulta que me invitó a vivir en Caldas, que me había conseguido trabajo en la Fábrica de Licores de Antioquia y que ya me había conseguido un apartamento allá para que me fuera con el niño. Y yo toda incauta me voy a vivir dizque al apartamento y era una pieza húmeda, llena de humedades y todo, con la mera camita para el niño y para mí. Y él iba y se me acomodaba a veces. Entonces iba por ahí cada semana, o así, pero me pagaba la pieza. Si duré cuatro o seis meses fue mucho porque me pasó algo muy triste.

Yo me hice muy amiga de la dueña de la pieza. En el Seminario aprendí a coser. Tuve como cuatro clases con una monjita y ella me enseñó a trabajar la costura, me enseñó a enhebrar la máquina, me enseñó a tomar las medidas, a hacer una camisita de bebé y a hacer una faldita en serpentina. Eso fue todas las clases que yo tuve, con lo que pude empezar a trabajar. La señora muy querida, la dueña del apartamentico de la pieza, me dijo: «¿Usted es capaz de hacerme la ropa de las niñas para diciembre?». Y yo le dije: «Ay sí, yo soy capaz».

A mí en el Seminario me daban las cortinas de las capillas: esas telas brillantes, rojas, moradas, azules, verdes; me daban esas cortinas y yo cogía y picaba y les hacía ropa a mis hermanitas. Cuando salían al pueblo, esas muchachitas todas lindas parecían unos santos con esas telas brillantes. Pero les hacía ropa toda linda y se las adornaba con franjitas y todo. ¡Felices! Y mi papá les compraba unas chanclas plásticas, entonces les combinaban pues con las chanclitas y eso. Y yo feliz porque yo les podía hacer dizque la ropita, y así empecé también la costura.

Empecé a trabajar así, haciéndole la ropita a las muchachitas de la señora y a la señora para ese diciembre. Yo no tenía máquina, pero donde mi tío tenían una maquina de coser. Entonces yo cogí esas telitas, tomé las medidas y todo eso, y me vine a meter con mi muchachito a Bello, y me puse a coser. En esas bajó del campo mi mamá, pues vivía allá en la casita de campo que cuidábamos, y me dijo: «No, quédese haciendo las costuritas. Para que el niño no le dé

brega y usted pueda hacer lo del trabajito, nosotros nos llevamos el niño». Entonces mi mamá y un hermanito se llevaron al niño, y yo le dije: «Mañana vengo por él». Se lo llevaron para yo poder ir a ver cómo les quedaban las costuritas a las muchachas y la señora.

Yo me quedé donde mi tío dos días, porque me vine de por allá como el 18, algo así. En todo caso, yo me quedé haciendo las costuras donde el tío y de ahí me fui a llevarlas para que se las midieran y ya me regresaba por el niño. Eso fue el 21 que me fui para Caldas. El 22 de diciembre vengo con las costuritas que para arreglarlas allá donde el tío, porque la ropita les quedó un poquito apretaditas, aunque yo les dejaba ventaja. Llego yo allá y descargo cuando me dice una de las hermanas de una cuñada de mi mamá: «¿Ya encontraron al niño de su casa? El niño que se perdió». Yo: «¿Cómo así?». Dizque sí, que el niño de Rosalba. Y yo: «¿Qué?!». Me dice esa señora: «Ay, vos sos Rosalba». Y yo: «Sí, ¿qué pasó? Dios mío, ¿qué pasó?!». La quebrada estaba crecida y me dejaron ahogar al niño.

Resulta que mi mamá se fue supuestamente a buscar leña y me dejó el niño con el hermanito que tenía tres años. Ella tenía el otro, el último niño que tuvo, que tenía once meses. Estaban en la casa mi hijo de veintiún meses, el niño que tenía tres años y mi hermanita que no tenía ni los cinco años; y se cree que la niña, no sé cómo fue que le hizo, que lo empujó a la quebrada o se le fue. En fin, que ella tuvo la culpa de que el niño se me hubiera ahogado. Yo salí corriendo. Yo creo que no me demoré ni diez minutos para llegar allá donde vivía.

Cuando yo llegué a esa casa mi mamá estaba a los gritos: «¡Ay, mi hija, por Dios!». Y yo: «¡Me dejaron ahogar mi niño!». Ya había dos personas buscándolo por toda la quebrada, de esa orilla de la quebrada para abajo. Cuando yo veo que venían dos personas: un señor y un muchacho; el muchacho con el niño cargado. Yo me caí, a mí no me dieron las piernas. Me caí al piso y me entregaron el niño. Yo no sabía ni qué hacer. Después llegó la policía y se llevaron el cuerpo. Se llevaron al niño y nosotros empezamos los trámites para enterrarlo.

Lunes 23 de julio de 2018

Para ti, maravilloso ser:

En el silencio de la noche recordé que en el año de 1973 una joven hermosa acababa de salir de un internado, donde dedicó su adolescencia a prestar un servicio a un numeroso grupo de seminaristas, sacerdotes y monjas. Fueron cinco años de encierro. Al salir de allí solo contaba con dieciocho años y un futuro incierto, pues no sabía qué iría a pasar mañana al no tener estudios, pues el encierro le quitó la posibilidad de tener un proyecto de vida diferente.

Solo habían pasado ocho días de encontrarse en libertad cuando conoció a un hombre, el cual viajó con ella en un transporte del pueblo hacia la ciudad de Medellín. Fue muy curioso, porque él tenía otro número de puesto al que cogió; o sea, se sentó como tal a su lado.

Al terminar el viaje estaba cayendo un aguacero y bajaron del bus, entraron a una cafetería de la flota de transporte y pasó mucho rato sin escampar. Solo recuerdo que la joven fue a buscar un baño y, cuando regresó, encontró una bebida que muy amablemente le ofreció el señor. Ella la tomó por el frío que sentía. Luego no sé qué pasó. Cuando la joven volvió a despertar no sabía ni dónde estaba. Lo cierto es que desde ese momento ella no quería sino estar al lado del señor.

De este hecho nació un hermoso niño, quien fue bautizado con el nombre de Carlos Mario. A la joven madre le tocó trabajar en un apartamento donde le permitieron entrar con su niño. Este niño era el primer nieto en la familia, pero contaba con una buena cantidad de tíos pequeños, incluyendo uno que estaba de meses.

Carlos Mario nació el 23 de marzo de 1974, y el 22 de diciembre de 1975 se encontraba en casa de los abuelos, mientras su mamá estaba haciendo un trabajo de costura donde un tío. Nadie se enteró de que este niño, en compañía de sus tíos pequeños, su tía que solo contaba con cinco años y su tío con tres, les pareció muy divertido jugar al lado de una quebrada, la cual bajaba demasiado crecida.

La niña, inconscientemente y como juego, empujó al niño y él fue arrastrado hasta un sitio donde muchas ramas impidieron que se fuera

por un despeñadero. Luego fue encontrado por dos trabajadores de una arenera. El día de su entierro cumplía veintiún meses de nacido.

La joven madre casi enloquece.

Pasaba noches enteras escribiendo versos dedicados a su hijo. Con estos versos contaba la historia desde el primer día que lo sintió en su vientre. No se le pasaba ni un detalle de su corta vida.

Se sabe que fue empujado por un ángel que solo tenía tres años más que él, pero que mostraba con detalles cómo su niño fue empujado. Por este hecho, la madre guardó resentimiento, no solo con esta niña, sino con su madre que, por otros quehaceres, dejó a estos niños solos.

Transcurrió algún tiempo y este resentimiento se fue convirtiendo en parte de su vida; o sea, se acostumbró a vivir con este dolor, conservando el secreto durante todos estos años.

La niña creció sin recordar lo que pasó, sin saber que en su niñez un ángel abrió sus alas para volar al cielo porque sus pequeñas manitos lo empujaron.

A ti, maravilloso ser, no te condeno, no te juzgo. No cuento esto por deporte, ni porque salga del baúl de los recuerdos; lo hago por ti y por mí, porque estoy segura de que todo lo que se lleva dentro, si es algo que nos daña, es mejor sacarlo por salud mental, por recuperar la paz.

Lo que menos quisiera es indisponerte, porque sé que eres un maravilloso ser que no merece ser lastimada, porque durante este tiempo que ha transcurrido solo pensaba en cómo decírtelo.

Solo pido a Dios que esta triste historia nos pueda unir más y que sirva de sanación para las dos.

Luego ese hombre se dio cuenta, porque yo lo busqué en Medellín. Él tenía un taller de mecánica; era técnico de televisores. Fui a buscarlo y no lo encontré, pero le dejé razón de que el niño se me había muerto y me volví otra vez para Bello. Mamá fue la que me dio con qué enterrar el niño; yo no tenía plata.

Cuando después él le dijo a una primita mía que le daba mucha tristeza de la muerte del niño, pero que lo sentía más por mí porque ya me perdía del todo, que porque lo único que me ataba a él era el niño, que él sabía muy bien que yo no lo quería. Gracias a Dios. Pues, o sea, ese momento para mí fue muy doloroso. Demasiado. Pero fue también el camino que Dios me colocó ahí para que yo pudiera dejar a esa persona. Qué hombre tan dañino, qué hombre tan malo, tan dañino. Y ya, hasta ahí la relación con ese señor.

Después de enterrar a mi hijo me quedé un tiempo donde los tíos. Ya no quería ir a esa casa porque les echaba la culpa a mi mamá y a todos mis hermanitos. Dos de mis hermanas trabajaban; otra hermanita estaba casada desde los dieciséis años. Entonces yo me puse fue a trabajar por ahí haciendo aseo y colaborando en apartamentos. Por Suramericana me puse a trabajar, comencé a los tres meses completos, el día que el niño cumplió los dos añitos.

Lo enterré exactamente el 23 de diciembre de 1975. Eso fue impresionante: todo el mundo bailando, todo el mundo en sus fiestas navideñas, y yo con ese dolor tan grande que dejé a mi hijo en una tumba. Todavía tengo el número de la tumba, era el veintitrés. Veintitrés la tumba y 23 el día que se enterró el niño.

El 23 de marzo, cuando el niño cumplió los dos añitos, yo me iba a envenenar. Tenía el veneno listo para tomármelo. Y en ese momento llegó el señor que me sacó el niño de la quebrada. Me dijo: «Mi Rosita, vení que te voy a presentar a alguien». Y yo: «Ay, yo no quiero salir».

Ah, porque apenas había vuelto a Bello otra vez; me quedé casi los tres meses en Playa Rica, donde mis tíos. No quería volver a la casa. Mamá fue y me rogó que volviera, que no me quedara por ahí sufriendo, porque yo estaba muy mal. Me pasaba todas las noches escribiendo versos para mi niño con una lamparita de petróleo porque no había luz eléctrica ni nada. Tenía un cuaderno y lo llené de versos.

Todas las noches, hasta las cinco, cinco y media de la mañana, me quedaba escribiendo. Todo el mundo durmiendo y yo escribiendo.

Cuando llegó ese señor que me dijo que me iba a presentar a alguien, dizque: «Vamos a hacer un sancochito para que te distraigas, pues estás muy sola. Es muy duro lo que te pasó y para mí es muy duro también saber que te saqué tu niño de la quebrada. Pero nosotros somos vecinos de su mamá y todo, no se preocupe».

Entonces me fui. Le dije: «Ah, bueno, yo me voy pues a distraerme un rato con ustedes allá». Y él que sí, que para invitarme que el amigo, fue y trajo de qué hacer el sancocho, y resultó que era un sancocho de conejo. ¡Guácala! Me voy dizque a probarles ese sancocho y salen con eso. El que compró o el que trajo la carne de conejo era el muchacho que me había traído el niño cargado, que era el mejor amigo de este señor que me invitó.

Ese muchacho empezó a decirme: «No, Rosita... —porque ya todos me decían era Rosita—, lo que pasa es que yo quería conocerla porque yo ese día no alcancé. O sea, usted no me alcanzó ni a mirar, pero yo sí. Quería hablar con usted». Y estaba muy joven; yo le llevaba un año. «Entonces yo quería que charlemos. Hablar así, como amigos». Y bueno, nos involucramos. Se llamaba Aníbal Berrío. Se me quitaron las ganas de morirme y me resulté casando.

A los siete meses nos casamos. No fue un amor así como tan así, sino que me aferré a esa tabla de salvación. Yo no quería estar en la casa de mi mamá y menos en ese momento que me había salido trabajo. Justo cuando empecé la relación con este muchacho me salió trabajo en un apartamento en Suramericana; él todo triste venía y me visitaba los jueves. Me hacía visita de novios, ahí por fuera de los apartamentos. Nos veíamos un ratito, me iba yo otra vez para el apartamento y él para la casa. Así empezamos esa relación. Y precisito, nos casamos al otro día que terminé; o sea, nos casamos el 17 de diciembre, y yo trabajé hasta el 16 de diciembre. Tenía ya los veintiún años y él tenía veinte.

Me tocó vivir en la casa de la suegra y las cuñadas. Ay, no, como que ya no me gustó mucho porque era gente muy complicada, muy groseros, y yo no decía ni una palabra. Yo era una persona muy culta; no me gustaba decir palabras porque fue lo que más nos inculcaron en

la casa, entonces no decía ni «maldita sea». Tuvimos cinco hijos, pero fue una cosa impresionante. También fue una cosa de locos. Resultó que era muy cumplido con la plata y todo eso, pero era maltratador.

Él constantemente pensaba que yo le era infiel, pero yo no tenía a nadie; era una mujer... O sea, yo creo que las hermanas mías tenían sus maridos diferentes. La una tenía un hijo con otro señor, pero todos mis hijos eran de él. Yo no tenía ningún problema, así que dijera que tenía de pronto la culpa; pues, de que tuviera amantes y así, no. Era una señora de la casa y del trabajo.

Un día me partió una mano y me llevaron al hospital; yo dije que me había caído. Después de eso me fui un tiempo para donde mi mamá, porque me volvieron a coger las ganas de irme para donde ella y me fui para allá. Y él con ganas de que me fuera otra vez con él, pero me daba miedo, porque con esa mano enyesada y todo ¿cómo me defendía? Aquí tengo todavía cicatrices. Este hueso no me pudo soldar bien.

En ese afán de él para que volviera a la casa, un día me ahorcó en la calle y me tuvieron que volver a llevar al hospital. Me llevaron paniqueada, y me dice el médico: «No, hay que remitirla». Yo no podía hablar. Yo trataba como de hablarle al médico, pero yo no podía, y yo pensaba: «¿Qué hago? ¿Cómo hago yo para decir lo que me está pasando?». Yo no podía. Entonces dijo ese médico: «Ya la están esperando en el Mental». Dios mío, y me meten a ese Hospital Mental de una. Me pasaron para allá, para una sala. Me dejaron encerrada en una pieza. Me quisieron amarrar porque yo era tratando... Yo ya no podía.

Hay un alfarero

Doy gracias a Dios por la presencia de seres maravillosos que me animaron a escribir. Yo quería escribir mi historia porque me parecía insuficiente que, cuando en algunos espacios la comparto, no a todas las personas se les queda en la mente; mientras que si la escribo, tal vez muchas personas la lean. Mi motivo es que no quiero que mi historia quede en el olvido; quiero que muchas personas se den cuenta del daño que han cometido quienes decidieron separarnos de nuestros seres queridos mediante la desaparición forzada y el cruel asesinato, que tanto daño hace, porque dejan a mujeres sin sus esposos, a padres y madres sin sus hijos, a hijos e hijas sin sus padres... Nos dejan viviendo el horror de estos hechos cada día en nuestra mente y en nuestro corazón.

El desplazamiento es un daño irreparable porque dejamos atrás sueños inconclusos, así como nuestros entornos, nuestras cosas y a personas que queremos... Nos dañan nuestro proyecto de vida. Y ¿qué decir del daño causado por la violencia sexual? Somos un grupo muy afortunado, porque con las letras hemos podido expresar todo cuanto sentimos. Gracias, profesora; gracias, Mary Luz, por tenerme en cuenta; gracias a todas las personas que hicieron posible que nuestros sueños se hicieran realidad. Gracias, compañeras YJ, porque se han convertido en un grupo de apoyo para mis tristezas y hoy puedo decir que son motivo de alegría, porque están en mi corazón y así lo siento. Gracias, Padre Celestial, porque tú eres mi alfarero: ese que me ayudó a recoger los pedazos de mi vida de esa vasija que rompieron sin misericordia, y tú, Señor, me ayudaste a remendarla de nuevo.

La felicidad la encontramos en el corazón de la tierra que nos vio nacer; la felicidad la tenemos en nuestro corazón cuando, con nuestra fe, confiamos en nuestro Creador, en ese ser que no vemos, pero sabemos que existe, porque sin fe no es posible ser feliz ni hacer feliz a alguien. Y ese alguien puede ser un niño que requiere cuidado, un anciano que necesita cruzar la calle, un caminante que va con hambre y a quien tú puedes brindar un plato de comida.

Hay tantas cosas que nos brindan felicidad y satisfacción...

Me volvió la voz a los tres días, cuando ya estaba en el Mental y ya me estaban dando droga. Yo no sabía qué hacer. Les pedía a las enfermeras que me llevaran con el doctor; les decía que yo no podía quedarme ahí, que yo tenía una bebé muy pequeña. Y ellas que no, que no me podían dejar ir. Por ahí a los quince días, más o menos, fueron una tía de él y una cuñada, y en esa visita me dijeron que Aníbal no estaba en la casa, que estaba en la cárcel, y que como yo estaba hospitalizada, los niños estaban rodando: unos en una casa y otros en otra.

Entonces le pedí al médico que me dejara salir y me dijo: «Te vamos a dar una prueba de comportamiento para que miremos a ver». Me dejaron ir a la casa por tres días con la condición de que una persona me acompañara. Cuando llegué me bajaron los tres niños grandes, que estaban donde mi mamá. Los dos pequeñitos, la niña y el niño, estaban solitos donde una tía de él; esa señora me los cuidó. Cuando nos volvimos a encontrar los niños y yo fue una alegría muy grande, pero yo toda sonámbula... como me daban esas drogas y todo... Tan horrible.

Después de los tres días en la casa con ellos llegué otra vez al Mental, y le dije al médico: «Por favor, doctor, déjeme ir. Yo me tomo la droga que sea en la casa. Yo me tomo lo que sea, pero déjeme ir que yo tengo que ir a trabajar por esos niños». Entonces me dejaron salir.

Empecé a trabajar. Había un taller por allá donde empecé a trabajar en confecciones y me iba superbién, ya me ganaba mi mínimo; con esta mano hasta toda torcida y todo, así trabajaba. En la iglesia donde me casé me empezaron a colaborar con un mercado, entonces me daba para ayudarle a mi mamá también, y así. Ahí duré como un año y medio trabajando, en esas confecciones; después me coloqué en otra cosa, y así. En todo ese tiempo, una vez al mes, le llevaba los niños a Aníbal. Cuando lo dejaron salir él se comprometió a que nunca más me iba a maltratar y nunca más lo volvió a hacer. Eso fue el total remedio; para qué, pero le sirvió. Volvimos otra vez a vivir en la casa, pero como yo ya estaba trabajando, ya no era la bobita que se iba a dejar maltratar. Me trataba muy feo y todo, pero yo ya no le paraba bolas. Yo nunca más me volví a dejar pegar.

Resulta que él ya tenía diabetes; estaba para morirse. Tenía una diabetes ya muy avanzada, hasta parecía una calavera... la cosa más

impresionante. Eso fue en los noventa. Yo trabajaba sola para poder llevar el hogar. La familia de él le ayudaba, porque había hermanas que tenían pues forma de ayudarlo; no podría decir que, con bastante plata, pero, pues, si se necesitaba un mercado en la casa o cosas así, colaboraban mucho. El papá le daba trabajito, lo ponía a que le cuidara por la noche el taller de mecánica que tenía. El papá lo había asegurado, aunque yo no sabía; o sea, lo metió al Seguro. Pero no le tocó el Seguro cuando estaba tan grave, porque apenas llevaba como un mes, entonces lo metieron al hospital Marco Fidel Suárez, ya grave para morir. Trabajó hasta el 3 de enero.

El 4 llegó a la casa por la mañana para morir, quejándose, y yo tenía que irme a trabajar al mediodía. Entonces se fue donde la mamá, que allá lo estaban bregando, por la tarde lo hospitalizaron. Como a las ocho de la noche me llamaron, que me viniera rápido, que él estaba muy mal, que fuera para que lo viera por última vez. Me fui. Casi que no me dejan entrar. Me tocó pelear con el portero y todo, llegué como a las diez de la noche. Me dejaron quedar con él un ratico, pero no me dejaron quedar toda la noche. Llegué a la casa casi a las tres de la mañana. Me tocó caminar a esa hora, sola, todo ese trayecto desde Niquía hasta la casa.

Yo soñé con él esa noche tan horrible que pasé. Me acosté. Y a eso de las cinco y media de la mañana, empecé a soñar con él, dizque que lo veía, que venía diciéndome: «Rosita, ya me voy». Y yo: «Aníbal, ¿cómo se voló del hospital?». Era como si ese momento fuera de verdad. Entonces me dice: «Rosita, es que ya me voy a ir». Y yo: «¿Cómo te vas a ir? No, vos te volaste del hospital», porque estaba hasta con la misma ropa que yo sabía que se había ido. Yo lo veía con esa misma ropa. Y entonces me dice: «No, ya no hay tiempo». Y yo: «No, pues... ¿cómo te vas a ir y me vas a dejar? ¿No dijiste pues en que íbamos a levantar los hijos, que te ibas a portar muy bien, que ibas a continuar con un buen tratamiento y todo? ¿Cómo me vas a dejar encartada con cinco hijos?». Y me dice: «No, ya no hay tiempo». Y se me fue. Cuando al ratico me llama la tía y me dice: «Rosa, vámonos. Organízate rápido para que te vayás para la clínica, que Aníbal no hace sino llamarte». Entonces salí y me dejaron entrar de una. Las cuñadas estaban todas afuera esperándome; que porque no, que

ellas no arrimaban allá, que, porque él las invitaba a todas y que no, que él se estaba muriendo. Y me tocó despedirlo. Yo llegué como a las once allá a ese hospital, y a la una y media le empezó el paro respiratorio.

Yo lo tenía afiliado a una funeraria y pude hacerle el entierro. Y el suegro, ya después de la muerte de él y todo, me dijo: «Vas y hablas con Darío Arenas», que era un señor del Seguro Social. «Háblate con Darío, que él tiene ya todo el trámite hecho para que usted quede pensionada». Y yo: «¿Cómo así?». «Sí, hija. Yo le pagué pensión. Yo sabía que Aníbal se iba a morir y le pagué el paquete del Seguro para que usted quede amparada por esa pensión, para que acabe de levantar los niños». Por ese viejito le doy gracias a Dios que haya quedado yo con ese apoyo.

A los quince días de la muerte de Aníbal vino una amiga de Pereira. Vino al entierro de él y a darse una escapadita conmigo unos días, y me dijo: «Vámonos para el pueblo. —Ella vivía en Santa Rosa de Cabal—. Vámonos, que allá nosotros le ayudamos para que usted acabe de levantar sus hijos. Los metemos al colegio y todo eso». Y sí, nos pusimos a organizar todo para irnos para el pueblo. Habíamos salido por ahí como a conocer, para que ella conociera Medellín porque no había llegado a venir, y a conseguir también cómo podíamos hacer para que nos llevaran las cosas, cuando me llama la tía, yo estaba donde mi mamá, dizque: «Venite a la carrera, que te están sacando a Gustavo de la casa». Gustavo era mi niño mayor, que no tenía ni los catorce años, porque él cumplía los catorce años en julio. Los otros estaban de trece y doce años; el niño apenas tenía ocho y la niña no tenía los siete años todavía. Estábamos allá mismo en la casita en Bello.

Cuando llego yo dizque Gustavo por ninguna parte. Y mire lo que es la policía: resulta que un hermano de este señor que fue gobernador de Antioquia, fue a la casa con la policía y me sacaron al niño de la casa. Se lo llevaron al comando de policía y allá lo dejaron encerrado. Yo me fui dizque a buscarlo a ver dónde me lo habían dejado. Fui al parque a preguntar, ahí en la estación del parque, y me dijeron: «No, el niño no está aquí. ¿Dónde le dijeron a usted que lo habían dejado?». Y yo: «Pues me dijeron que lo habían traído para acá, yo no sé. Miren a ver dónde me tienen el niño, porque me tienen que responder por él. Es un niño que no tiene ni catorce años todavía». Me dicen: «Vaya otra vez para

allá, para el comando de allá de La Cumbre, que a él lo tienen allá». Entonces vuelvo y otra vez me les arrimo allá: «Háganme el favor y me dicen dónde tienen el niño mío, que ya me dijeron en el parque que aquí lo tenían». Dizque: «Ah, sí, aquí lo tenemos». Y yo: «¿Entonces por qué me hicieron ir al parque si yo ya había venido aquí?». Entonces me dice el tal comandante ese, dizque: «No, ¿es que sabe qué? Lo vamos a dejar hasta mañana. Lo vamos a dejar hasta mañana porque él conoce mucha gente de allá. Solamente para que nos pase una informacioncita está ahí, normal». «Pero el niño no tiene nada que ver con nada». Y me dicen: «Mañana venga por él a las siete y media de la mañana».

¡Ay, Dios!, esa noche no dormí. Yo no haber tenido en ese tiempo quién me instruyera, quién lo encaminara a uno en verdad... No me aguanté; llegué a las seis y veinte de la mañana, cuando ya tenían unas motos ahí afuera y resulta que a mi muchacho me lo iban a desaparecer. Lo tenían barriendo, dizque: «Que barra mientras se va». Y resulta que me citaron a mí a las siete y media para que cuando yo llegara ya no lo encontrara. ¿Y sabe por qué? Porque me lo habían torturado. Me lo metieron en un tanque con agua, con una bolsa en la cabeza y lo asfixiaron. Entonces yo volteo a ver mi muchacho y estaba lleno de morados acá en la garganta.

Cuando ya me entregan a mi niño me dicen: «Vaya y piérdase, pero sepa y entienda que usted no se va con él de acá. Mejor dicho: no vaya ni a la casa. Mire a ver cómo hace para que le traigan ropa y se lo lleva. No sé para dónde, pero no lo deje por acá porque se lo van a matar». Resulta que nos tuvimos que volar.

Entonces yo cogí mis hijos y los dejé donde mi mamá, subí a la casa, les busqué ropa y les empaqué maletincitos a cada uno, los morralcitos que tenían del colegio. A los tres mayores los llevamos a la terminal de transporte del norte; de ahí salían los buses para Pereira. Los entregamos y me los llevaron allá donde el esposo de mi amiga los recibió. Y al otro día se fue mi amiga con la niña y el niño. Yo me quedé organizando la casa, tapando una entrada y sacando algoito de las cosas. Una hermanita mía me consiguió a alguien de la feria para que me llevara unas cositas hasta a Pereira y yo mandé todo el equipaje: una camita, unos colchones y cositas así; yo mandé eso por entrega de la terminal.

Estuvimos seis años larguitos. Me tuve que devolver porque en el tiempo que yo estuve allá mataron a tres hermanos míos: en el 90 mataron al primero; en el 94 mataron el segundo hermano. Entonces vine dizque al entierro de mi hermano y mamá estaba inválida, porque ella se dejó invalidar del todo con la muerte de los hijos. Andaba en sillita de ruedas. Ella se dejó invalidar. Cuando vengo yo al entierro de mi hermanito y ella apenas se empinaba un poquito para poder mirar a su muchacho. Le dieron de aquí para abajo cuarenta y una puñaladas; primero le dieron un tiro en la cabeza. A los dos días del sepelio, cuando estábamos haciendo las novenas tiraron una granada. Mamá vivía detrás de una piscina, y la granada cayó en esa piscina; todo se volvió nada. Se partieron las paredes de la casa y todo. Esa granada era para matar a toda la familia que estábamos ahí reunidos. Eso fue una cosa muy impresionante, esa situación que hubo tan violenta.

Después de eso organizamos todo para llevarme a mi mamá; pues, que nos pudiéramos desplazar para Santa Rosa de Cabal. El alcalde de allá en ese tiempo, no me acuerdo cómo se llama, y un señor Víctor Manuel Tamayo, que fue gobernador de Risaralda, me tomaron mucho cariño, mucho aprecio. Yo les trabajaba mucho en política, entonces me ayudaron y me dieron en qué vivir, que para que me metiera con los muchachitos. Me dieron una pieza con una sala para que me acomodara con los niños; ahí me tocó atender a mi mamá. También nos tocó conseguir carro para llevar todo lo de mi mamá y llevármela a vivir allá. Ay, esos días fueron amargos... Se me inundó toda la casa; como eso era como un piso ahí todo rústico, se reventaron unas tejas, entonces mi mamá era en un colchoncito nadando en esa pieza.

¡Ay, qué pesar! Fue muy duro.

Martes 9 de julio de 2019

Querida madre:

Comprendo tu dolor. No es fácil despedir a un ser querido, y mucho menos si se trata de nuestros hijos, a quienes, sin permiso de Dios, nos los arrebataron de nuestro lado, dejando un gran vacío en nuestros corazones, más la tristeza y la impotencia que sentimos porque no pudimos cambiar nuestra vida, de haber sido posible, por la de ellos.

Ellos son pedazos del corazón que nos arrancan, y seguimos sintiendo dolor porque, por más que quisiéramos, no es posible olvidar a esos seres. Y por más que nos hayan hecho sufrir con sus equivocaciones, nadie tiene derecho a quitarles la vida. Con ellos también se llevan parte de nuestra vida.

Madrecita: solo Dios, en su infinita misericordia, comienza cada día a darnos un don para continuar el camino. Deseo que la luz del Espíritu Santo te dé fortaleza para continuar. No permitas que alguien te diga que no llores o que te vas a enfermar, porque si de esa forma te puedes desahogar, pues hazlo. Todos los seres humanos reaccionamos de distintas formas ante el dolor que nos causa la muerte y, sobre todo, cuando son nuestros hijos.



Después de estar seis años allá, nos volvimos para Medellín. A mi hijo mayor le tocó... o sea, yo los metí a estudiar allá y a mi hijo mayor le tocó ponerse a trabajar. Estudiaba en la noche y trabajaba en el día con catorce añitos, y salió como el mejor estudiante de ese colegio; era el Cooperativo de Santa Rosa de Cabal. Y era hermoso mi muchacho, estudiaba todo el año. O sea, él hizo la nocturna: él entraba a las cinco y media o seis de la tarde y salía a las diez de la noche; era todo el año y salió como el mejor bachiller de allá. En ese año terminó su bachillerato y me lo iban a meter dizque a la policía, pero a la final él dijo: «No, ¿yo cómo me voy a meter a trabajar en eso? Yo trabajo en otra cosa; trabajo en confecciones». Yo les enseñé a todos a trabajar. Trabajábamos las maquinitas, o sea, con una máquina familiar, y él se metió a trabajar en confecciones. También ya tenían novias todos, los tres mayores; todos dejaron a sus novias allá.

El regreso

¡Qué más da! Nuestro regreso ha inquietado a muchas personas; unas dicen: «¡Tan bueno que volvió la modista!», pero otras dicen: «¿Y no te da miedo? ¿O ya ha pasado el peligro?». No, hoy veo que el regreso para algunas personas no ha sido tan bueno. Solo pensar que por este motivo hay alguien que está perdiendo los estribos hasta el punto de agredir a su hija y a su hermana... Yo no sé en qué le afecta que, por algún motivo, se cruce con ellas, si somos libres de transitar por las calles.

Cuando me vengo yo, fue porque mi mamá estaba muy mal, porque estaba viviendo acá otra vez. Ya habían matado al otro hermano. O sea, fueron tres hermanos asesinados; uno de ellos en la masacre de Belén Altavista, en el 96. Entonces mamá quedó en un estado muy lamentable. Ella me dijo: «Mija, véngase que ya por aquí ya no pasa nada. Usted puede volverse tranquila para su casita. ¿Qué se va a poner a quedarse por ahí?». Y ya me vine dizque a cuidarla a ella, como en febrero del 98, y mis muchachos se quedaron unos trabajando por allá; Adrián Giovanni estaba pagando servicio militar en Cartago. Ya después dijeron todos otra vez que se venían más

bien; entonces ya iban, visitaban a las novias, y volvían y se venían. Nos tocó enterrar a mi mamá en ese junio.

Jueves 6 de octubre de 2022

¿Cómo voy a olvidarte? ¿Cómo voy a olvidarte, hermosa madre, si como a una de tus hijas me acogiste? ¿Cómo voy a olvidarte si me convertí en grande a tu lado, si por ti aprendí a ser una niña decente y educada? Por ti aprendí a valorarme como mujer, por ti aprendí a hacer tantas cosas que mi propia madre no me enseñó... Gracias, gracias. Gracias por enseñarme hasta cómo convivir con el dolor. Muchas gracias, porque las manos de Dios estuvieron en las tuyas para mostrarme los talentos con los cuales me defendería durante mi vida entera.

¿Qué tamaño tiene el amor? El amor es como un grano de mostaza.

¿Cómo no agradecer? Dios mío, ¿cómo no agradecerte si estoy en pie, si puedo mirar a los ojos del dolor, y no con mirada de lástima, sino con mirada de compasión? Porque tú, Señor, has dado fortaleza a mi vida cuando me sentí perdida. Cuando el dolor por la pérdida de mis seres queridos me tiró a un abismo sin fondo del cual jamás creí salir, solo tú, Señor, actuaste siempre mandándome ángeles a mi rescate con cuerdas demasiado finas, difíciles de romper.

Si no tenemos a alguien en quien creer y en quien apoyarnos, si al mirarme en el espejo se anulan mis ojos en la oscuridad de mi vida... Pero si al mirarme también puedo ver claramente una sonrisa, es porque el sol está brillando de nuevo a mi alrededor. Y ese es el poder de Dios actuando para que pueda llevar el mensaje de agradecimiento por su amor y misericordia. A Él le debo estar en pie, y a los procesos de acompañamiento psicosocial que me han brindado las herramientas necesarias para continuar el camino; también a mi canto y a la escritura, pero especialmente a tu mano, Señor.

Ese mismo año, finalizando el 98, se fue Duber Andrés a llevarle las argollas a la novia con la que se iba a casar. Era el tercer hijo, de hecho, le mandaba cada quince días mercado a la novia y se iba a casar primero que todos. Gustavo ya estaba viviendo acá en Bello, también. Y bueno, Duber ya organizándose que para casarse. Pero él no tenía, pues, eran novios propiamente, no tenía ni relaciones con ella; ella vivía en Santa Rosa. Y ya, cuando organizó pues para irse el 21 de noviembre; salió de aquí para allá. Y yo esperé a que llegara, cuando el 23 de noviembre, que ya llegaba otra vez acá a Medellín, ya no llegó a la casa. Hasta ese día yo vi a mi muchacho: el 21 de noviembre a las ocho de la noche que se fue y ya no volvió. Fue el último día que lo vi, y hasta ahora no sé nada de él. Eso fue en el 98.

Ahí empecé yo a correr para allá y para acá. Yo no sabía... yo pensé que era que se había quedado con la novia por allá y no me había avisado, aunque él nunca hacía eso. Entonces yo organicé viaje. Llegué a Santa Rosa de Cabal el 3 de diciembre y llamé como a las siete de la mañana a la novia; pedí que me la pasaran al teléfono, que me quedaba donde una vecina, cuando pegó un grito y me dijo: «¿Cómo así?! ¿Cómo que Duber?!». Y yo: «Decile a Duber que nos encontramos allá en las partidas para que vayamos a Pereira».

Yo cobraba mi pensión en Pereira; yo todavía no había hecho traslado para acá para Medellín, entonces yo me iba por ahí cada dos meses o cada tres meses y traía la platica. Ya venía, compraba alguna cosa y les daba ropa. Ellos eran muy juiciosos; cada uno se programaba: Gustavo compraba el grano, Duber compraba la carne y las verduras, y Giovanni pagaba los servicios. Yo casi no tenía que gastar plata en ellos porque no faltaba nada. Cuando que nada, nada que aparecía. Ah, cuando me dice esa muchacha: «¿Cómo así? Si él se fue desde el 23». Le dije yo: «Allá no llegó».

Entonces, nos encontramos en las partidas donde podíamos coger el carro para Pereira y nos regamos fue a buscarlo por todo el hospital San Jorge y en las morgues, a ver si de pronto sabían de él. Cuando nada, no pudimos dar con él. ¡Ah!, y había paro de camioneros, entonces era muy duro: los carros no los dejaban pasar de Santa Rosa de Cabal hacia Chinchiná. Nos tocó caminar

desde Santa Rosa hasta Chinchiná para poder ir a la morgue y a los hospitales de Chinchiná. Y cuando íbamos pasando, ya casi llegando a Chinchiná, había un grupo, y yo pensé que eran militares: «¿Para dónde van?». Y tenían un brazalete con... yo no sé, con algo así. No era ejército, eran diferentes. Entonces le dije yo: «Estoy buscando a este muchacho. —Y les mostré la foto—. Estoy buscando a este muchacho; está desaparecido hace diez días. Necesito encontrarlo». «Entonces devuélvase, vieja hijuetantas —me dice—, si no quiere que le pase lo mismo». Y yo: «No, yo no me puedo devolver. Voy hasta Chinchiná a averiguar a ver si de pronto está en algún hospital, o en fin». Íbamos con la suegra y con la nuera, sí; yo no me acuerdo si yo estaba con Marcela, con mi niña, y me miraron todo feo. Y yo me seguí, dije: «No, yo no me voy a devolver». Y seguimos para Chinchiná. Allá buscamos y lo mismo: nada.

Entonces esa señora por allá se puso con una vieja que sabía cosas, que ella sabía que el muchacho estaba vivo, que era que lo tenían encerrado, que no sé qué... lo que dicen esas viejas tabaqueras, será... En todo caso, ya me devolví otra vez para Santa Rosa de Cabal a buscar salida, porque no había salida para Medellín. Al otro día me tocó arrancar para acá, para Medellín, y a los quince días otra vez me devolví. Yo me quedaba por aquí un tiempo y volvía y me iba a andar.

Después de la desaparición de él estuve un año completo caminando de allá para acá. Me iba para todos esos pueblos del Valle; me iba casi hasta Cali tirando dedo. Cogía un carro y decía: «¿Me llevan hasta tal parte?», y así me iba. Ya después, cuando se me acababa la plata, ya me venía; me acababa hasta cinco mil pesos, y ya le pedía a un busetero que me trajera hasta Medellín. Pero anduve pueblos y pueblos buscándole... y así lo mismo Gustavo, que también estuvo buscándolo mucho. Gustavo tenía por ahí sus veintidós años, más o menos, y Duber tenía diecinueve añitos acabados de cumplir. Él fue el primero al que me desaparecieron.



**DUBER ANDRES
BERRIO USMA**

Yo me dediqué mucho a tomar, yo no podía. Mejor dicho, para yo poder estar tranquila tenía que estar tomando. Los fines de semana no podía parar; pasaba hasta tres días tomando. Duber se desapareció el 23 de noviembre del 98, y a Adrián Giovanni se lo llevaron el 6 de junio de 2002. Sí, a los cuatro años, o un poquito menos; son como tres años y medio. Mantengo los trapitos donde tengo las fotos de ellos; esto lo he bordado yo con las fechas: Duber Andrés Berrío Usma fue el primero que desaparecieron, fue desaparecido el 23 de noviembre de 1998, y Adrián Giovanni Berrío Usma que fue desaparecido el 6 de junio de 2002. A Adrián Giovanni se lo llevaron, a él me lo sacaron fue de la casa.

Jueves 6 de junio de 2019

Mi hijo Adrián Giovanni está cumpliendo diecisiete años desaparecido

Padre Santo:

Gracias por el valor que me has dado para aguantar tanto: la espera de una verdad que se hace interminable; el valor para inventar diferentes formas de distraer la mente para no gritar como loca que no lo voy a olvidar, que aún tengo la imagen en mi memoria de ese momento en el cual fue sacado de la casa. Aún recuerdo la voz del hombre que lo sacó diciendo: «Tranquila, madre, que él vuelve a comer», porque yo le dije que mi hijo tenía hambre y, en verdad, le serví la comida; la misma que al otro día, a la misma hora, seguía servida.

No importa cuánto tiempo pase, de lo que yo estoy segura es de que de mi mente no se irán jamás esos recuerdos. Porque para una madre es imposible olvidarlo. ¿Cómo olvidarlo? Lo llevé en mi vientre y le di mi sangre para que creciera fuerte, y hasta mi vida con gusto la hubiera dado a cambio de la suya.



**ADRIAN GIOVANNI
BERRIO USMA**

Resulta que eso fue en ese año que Uribe mandó a recoger muchachos para pasarlos como reinsertados. Mi muchacho era el que me trabajaba las máquinas de las confecciones en la noche. Había un muchacho, que después fue que me di cuenta de que a él le pagaban para que llevara muchachos para pasarlos como reinsertados, que se arrimó a la casa; llevaba en el carro a otros muchachos y se arrimó: «Adrián Giovanni, venga que nos vamos». Y él: «Hermano, ¿cómo así?». Dizque: «Sí, sí, hermano, hágale. Hágale tranquilo, que no pasa nada». «Hermano, es que yo no he comido —dijo mi muchacho Adrián—. Yo no he comido y mi mamá me está haciendo la comida». «No, dígle a la mamá...», dijo ahí mismo. Entonces me volteo yo y me dice: «Tranquila, madrecita, no se preocupe que él viene ahorita y come. Ahorita le sirve la comidita, que él viene y come». Y ahí mismo Giovanni se puso una pantaloneta y una camiseta, y vi un cepillo de dientes en el bolsillo; eso fue lo que se pudo llevar de la casa. Entonces esperé a que llegara, y yo espere y espere... y nada.

Padre mío

Ya pasaron veinte años desde la partida de mi querido hijo Adrián Giovanni: el 6 de junio de 2002, a las seis y cuarenta y cinco de la tarde. ¿Cómo olvidar que dijiste que estabas esperando tu comida? Te fuiste con hambre; ni siquiera te permitieron comer ni despedirte.

Al otro día, la comidita servida a la misma hora, cuando llamé, dizque: «Cucha, hola —me dice, porque ellos me decían era “la cuchita”—. Yo estoy por aquí muy lejos, cucha. Me trajeron, pero las cosas no son como las pintan. Me trajeron y yo no sé qué va a pasar, porque me dijeron que iba a venir a trabajar con alguien que me necesitaba porque yo ya manejaba armas, que como yo había estado en el Ejército, un señor, un hacendado allá, me necesitaba, y no sé qué va a pasar. Pero ¿sabe qué, cuchita? Yo hago cualquier cosa para poderlos volver a ver. Pídale mucho a Dios, usted que reza el rosario y todo, pídale mucho a Dios que yo pueda volverlos a ver».

Hizo por ahí tres llamadas en un año. Me acuerdo de que una de las niñas de Marcela, la mayorcita, hablaba con él y era llorando a los gritos: «¡Es mi tío!». Ella lo adoraba, porque él se la terciaba en el hombro. El muchacho me hizo mucha falta. Él era el que me trabajaba la máquina plana en la noche, porque no teníamos sino tres máquinas, y él era mi mejor operario. A él le dejaba yo el trabajo para que me lo sacara en la noche, y a las cinco y media me llamaba: «Cuchita, levántese para que siga, que yo ya terminé mi tarea». Iba y se acostaba, y así. La última vez que llamó yo no estaba en la casa; entonces habló con una hermana mía, porque llamó a la casa de ella: «Tía, cuiden mucho a mi mamá, que ella queda muy sola». Al parecer era que ya lo iban a matar, porque él no quiso seguir con ellos.

Jueves 6 de octubre de 2022

39

Cumpleaños de mi negrito Adrián Giovanni

Hoy estás cumpliendo cuarenta y cuatro años. Hace veinte años, cuatro meses y diez días te llevaron lejos del hogar. ¡Oh, Dios mío!, ¿de qué material has hecho mi corazón para que resista tanto dolor por la espera de mis amados hijos? Ellos han sido separados de mi hogar.

Hijo mío, mi negrito querido, si pudiera encontrarte... así fueran tus huesitos, te reconocería. Si Dios permitiera que mis manos pudieran abrazarte, así fueran tus restos, sería un gran descanso y el fin de la incertidumbre en la que vivimos por tu ausencia.

Dios mío, hoy pongo en tus benditas manos mi vida y la de las madres que, como yo, continuamos en la búsqueda de la verdad para alcanzar un poco de paz.

En el 2004 llamaron. Libia Marcela, mi única hija, recibió una llamada en la que le dijeron que saliera. Me dijo: «Ma, ya vengo», como a las cuatro de la tarde. Y yo: «¿Esta culicagada para dónde se fue?». Ella ya tenía las dos niñas, y le dije yo: «Marce, por Dios, acuérdesse de que tiene esas niñas ahí. No se me vaya a demorar». Y eran las siete y media de la noche, más o menos, y ella sin llegar. Le iba a dar una pela.

Yo dije: «No, es que ¿cómo así? A esta hora sin llegar, ¿para dónde se iría?». Cuando llegó con los ojos hinchados de llorar. «¡¿Qué le pasó?!», le dije. Yo le iba a dar una pela. «¡¿Cómo se le ocurrió a usted dejarme enredada con esas niñas?! Usted sabe todo el trabajo que tengo». Me dice: «Ma, yo no le quería decir, pero le voy a tener que decir: la llamada que me hicieron era para hablarme de Giovanni». Y yo: «¿Qué le pasó a mi negro?». Entonces me dice dizque que a Giovanni lo mataron en el Guaviare, que ya está por ahí en una fosa común, que no lo vaya a buscar y que ni lo intente; que como usted es de esas viejas bullosas de la Candelaria, que no lo vaya a buscar.

Entonces yo empecé a voltear. Lloré mucho. Me fui adonde toda la familia y les dije que hiciéramos aunque fuera las novenas, que mientras aparecía, porque a él lo habían matado, pero que no estábamos seguros de en qué parte estaba ni nada. De Duber Andrés nunca me han dicho dónde está, pero de Adrián sí: a Adrián Giovanni me lo mataron allá en el Guaviare. Luego vino un señor y habló conmigo, hace por ahí diez años. Era un señor de Justicia y Paz; que me dijo que me necesitaban. Me hicieron una entrevista muy larga y me dejaron por ahí tres horas en La Alpujarra. Dijeron que se iban a volver a comunicar conmigo, y esta es la hora en que no lo han hecho.

Un tiempo después, yo ya estaba trabajando; manejaba un taller de confección aquí en Tres Vías. Me hicieron una llamada a ver si yo tenía las pruebas de ADN, que las necesitaban. Y yo: «¿Cómo así?». «Le estamos hablando del Guaviare». ¡Ay!, y el señor que había venido de Justicia y Paz me dijo que quienes lo habían matado ya estaban pagando cárcel, que estaban ahí... ya no me acuerdo cómo es que se llama eso, esa cárcel de allá de Villavicencio; que estaban pagando captura allá. Ay, esto ha sido una cosa muy dura. Esas desapariciones de mis muchachos son lo que más me hace llorar y por lo que hago tantas cosas. Por eso trato de cantar: yo canto con el Coro Reconciliación, como para darme a conocer también, porque sé que ahí hay parte de grupos que saben dónde han dejado a tanto desaparecido.

En el 2004, cuando ya sabíamos que a Giovanni lo habían matado... Mi hija Libia Marcela Berrío Usma trabajaba conmigo en las confecciones: ella era la que manejaba la máquina fileteadora, se encargaba de

la terminación; era la que conseguía quién hiciera el trabajo, quién puliera... era la que hacía los ojales, pegaba los botones, hacía de todo; hasta hacía la entrega de los lotes que sacábamos. Allí se trabajaba mucho pantalón; o sea, teníamos una operaria para la plana y Marcela era la que me trabajaba en la fileteadora. Era desesperada por sacar trabajo. En ese momento ya tenía las dos niñas. Trabajábamos en la casa, sacábamos dos lotes cada quince días. Ella tenía diecinueve años y a las niñas todavía muy pequeñas, porque a la niña mayor la tuvo en el tiempo en que yo estuve volteando, bregando a encontrar a Duber Andrés. Ella se consiguió un novio y él la embarazó. Yo no sabía.

Resulta que mientras yo estaba por allá volteando, porque yo me iba hasta un mes a buscar a mi muchacho, ella estaba acá con su novio. Le faltaban cinco meses para cumplir los quince años cuando tuvo a Lady Yuliana. Una niña... una niña ya jugando con muñecas de carnita cuando no había acabado de soltar ni siquiera las muñecas de juguete. O sea, cuando cumplió los quince años ya tenía a la niña de cinco meses. Fue muy duro; yo casi me muero también. Me echo muchas culpas también; por eso empecé a tomar tanto. La segunda hija la tuvo a los diecisiete años. En ese 2004 la niña Luisita todavía no tenía los dos años.

Momentos decisivos

Hoy veo reflejado en mis niñas lo que ha hecho Dios en mi vida: la fortaleza para afrontar el dolor, las ganas de hacer de nuestras vidas un pequeño paraíso y de continuar con más fuerza trabajando por nuestros proyectos de vida, sin permitir que nadie se interponga en nuestras decisiones.

El 16 de junio de 2004 llegaron; no tocaron ni la puerta. Estaba Gustavo, mi hijo mayor, entrando una arena porque se iba a empezar a construir el segundo piso de la casa. Yo ya había vendido el ranchito que tenía en Pereira. Íbamos a hacer el segundo piso porque Marcela era desesperada por hacer esa casa para las niñas, para poner el taller y para vivir con sus dos niñas. Ella no tenía pareja ni nada, porque la pareja que tuvo, el papá de la menor, estaba pagando servicio.

Ah, sí, se fue y se presentó para pagar servicio. El papá de la niña mayor es diferente del de la niña menor. Cuando él terminó de pagar servicio, volvió y ella ya estaba embarazada de Luisita. Yo no sé, eso fue una cosa impresionante también: ese embarazo de ella y llegar ese muchacho y ver a la niña embarazada... y él no creía que la niña fuera de él; o sea, la negaron. En esa familia se formó mucho problema con eso. Ella se quedó sola.

Sábado 6 de octubre de 2018

Clínica Las Américas

Hoy de nuevo desperté en una camilla, en espera de unos resultados de exámenes, pues parece que mi corazón se está volviendo un poco perezoso o, tal vez, en verdad se está resistiendo a tantas descargas que ha tenido que aguantar, «seguramente». Pero mi consciente se resiste a parar porque sé que mi misión no ha terminado; yo sé que Dios me dará las fuerzas y los medios para continuar hasta ver a estas dos niñas ubicadas, cumpliendo con sus metas y sus sueños hechos realidad.

Yo sé que mi lucha no será en vano, porque cuando una tiene fe en algo o en alguien eso se cumple, y más cuando todo lleva la firma de Dios. Él es quien me inspira con las parábolas de las semillas.

Estas niñas son las semillas que dejó mi querida hija, pero con tanto amor estoy al pie de ellas regando y abonando esa tierra donde están sembradas... Tal vez mi mano, un poco débil ya, no ha podido abonar lo suficiente para que su crecimiento sea más rápido; pero viéndolo bien, el tiempo de Dios es perfecto y preciso: alcanza para todo. Nada en este mundo se puede morir sin su santa voluntad.

Poco a poco, paso a paso, van viviendo las diferentes etapas. Apenas van creciendo cada día, sus tallos son más fuertes, aún sus hojas no tienen la madurez suficiente; pero, con la ayuda de Dios, algún día darán frutos y podré decir que me siento orgullosa de lo que he podido lograr.

Ayudar a otras mujeres ayuda a sanar

Sí, porque en los procesos de reparación emocional que recibí como promotora de vida y salud mental me brindaron las herramientas necesarias que requiere una víctima de la violencia. Desde entonces, he podido aplicarlas en buena medida a las personas afectadas. Mi propósito es continuar el camino que Dios me ha trazado para seguir apoyando los procesos de acompañamiento psicosocial y así colocar un granito de arena por la paz anhelada.

Sí, mi cicatriz más profunda, física, espiritual y moral es la que me ha dejado la desaparición de mis hijos, porque son heridas que no se cierran. Por eso, Dios, te doy gracias por tantas oportunidades que me das para reconstruir mi vida, para continuar el camino. Tal vez no sea tarde para pedir perdón por mis errores, pero tú conoces mi corazón y no me dejas de tu mano. Gracias, Dios; mil gracias.

Fue ese 16 de junio que ellos llegaron a la casa. Ya estaba empezando el oficial a armar y a poner el primer adobe, cuando en la puerta sentimos una bulla. Dije yo: «Marce, vení ayúdame. —Ella tenía agüita calentando para bañar las niñas, que se iban para la guardería—. Vení ayúdame a bajar esas matas para que el oficial no nos vaya a dañar las maticas». Nos vamos dizque a bajar las matas por esas escalas cuando esa bulla tan rara afuera, y yo dizque qué pasaría. «Marce, esperate yo miro a ver qué pasó, que siento que Gustavo está como hablando duro por allá». ¡Ay!, cuando veo y es que vienen con Gustavo encañonado; eran tres. Y yo: «¡Ay, ¿qué pasó?!». Y empiezo a gritar y él apenas decía dizque: «No, vea, nosotros tenemos el tallercito acá. Nosotros trabajamos bien». Cuando me dice uno de ellos, dizque: «¡Venga para acá!», y me encañonó a mí. O sea, ya quedamos dos; nos encañonaron a Gustavo y a mí. Y el otro sacó a mi niña del patio y levantó a las niñas, que estaban en la camita todavía sin levantarse. Las levantó y las paró al pie de la lavadora, y Gustavo y yo en la cocina. Las niñas quedaron al pie de la entrada, pues, como para salir al pasadizo. Cuando vimos que a Marcela la empujaron; entonces le dijeron: «Despídase de las niñas», y arrimó y les dio un besito. Y yo a los gritos, yo sin saber qué

hacer. Yo no sé a mí qué me dio en ese momento. Cuando veo dizque le pegan el primer tiro y cae mi muchacha así, al frente de las niñas; al frente de las niñas me le pegaron el primer tiro y yo apenas le veía el cabello rojo. Le vaciaron toda la pistola. Yo conté los tiros: nueve tiros en la cabeza. Ay, después me dejaron a mi muchacha tirada ahí. Y la niña, que tenía cuatro añitos, antes de que le pegaran el tiro salió corriendo y se metió debajo de unas escalas que había junto a la sala, en otra pieza; se metió la niña por ahí y Marcela apenas le hacía señas para que se escondiera, porque de pronto la mataban a ella. Fue la última mirada, y se la dio a ella. Yo no vi. Eso me lo cuenta ella, la niña. Fue un trauma muy horrible.

Y ya, cuando esos tipos salieron, yo fui a bregar a ver si la podía voltear. La volteé a ver si podía hacer algo por ella, pero ya tenía la lengua partida, este ojito salido... No, ya estaba vuelta nada... desencajada toda, porque como los tiros se los dieron todos en la cabeza, la volvieron nada. Yo no tuve nada más que hacer. Entonces cogí a una niña aquí, a la otra acá, y salí a gritar que me ayudaran, que me habían matado a mi muchacha. Y llegó la señora de la tiendita del frente, cogió a las niñas y se las llevó para allá. ¡Ay, no, eso fue una cosa muy horrible! Mi niño era el anterior a Marcela, Marcela era la niña. El niño estaba haciendo el curso para la Policía. Yo llamé allá, y dije que, por favor, que me habían matado a mi hija; que allá estaba mi niño, que él estaba haciendo el curso, que si podían hacerme el favor de comunicarme con él. Lo buscaron y pudimos hablar. Al rato lo trajeron a él, pero ya se habían llevado el cuerpo de mi muchacha. Fue algo muy duro...

¡Ay, no! Yo no sé cómo Dios me ha dado a mí fuerzas para aguantar todo lo que me ha tocado aguantar. Yo siento que siempre he estado de la mano de Dios. En ese momento en que mi muchacha estaba tirada ahí, me agarré fue de la Santísima Virgen: «Virgen bendita, por el dolor que vos sufriste también, de saber que te mataron a tu hijo y te tocó recibirlo en los brazos después de bajarlo de esa cruz, ayúdame a mí, que yo no sé qué voy a hacer con este dolor. Sabes que a mi muchacha me la mataron al pie mío... que yo no podía hacer nada...». Yo me agarré de la Santísima Virgen. ¡Ay, qué horror!



Marcela

Como la cigarra

Tantas veces he deseado estar muerta para no sentir el dolor por la falta de mis seres queridos... No solamente por los míos, sino también por los de nuestro entorno, por los de todo un país que continúa siendo afectado por la inconsciencia de seres que no quieren la paz.

Es por puro amor por lo que deseo la reconciliación. Es por puro amor por lo que decido aceptar que la reconciliación será lo mejor para mí, porque ya no cargaré con ese peso que me doblegaba, cuando solo en mi corazón albergaba odios y resentimientos por el dolor causado por la infinidad de hechos de violencia que me obligaban a actuar de diferentes formas, en los que cada vez me hundía más y más en ese fango del cual logré salir por puro amor: por amor a mis hijos, los presentes y los ausentes, y por amor a dos niñas que no tenían la culpa de que su mamá fuera arrancada de sus vidas sin el permiso de Dios. Anhele la reconciliación porque es la herramienta para abrir el corazón a nuevos procesos de comunión con Dios, con mi yo interior y mi prójimo.

Gracias a Dios y a la vida, que me han permitido llegar hasta aquí. Gracias a mi querido Coro Reconciliación. Gracias a la Filarmed, y muy especialmente a usted, profesor Freddy. Gracias a Luisa.

Un fuerte abrazo para todos y todas.

Cuando me mataron a mi hija, me la mataron un miércoles por la mañana, yo ya andaba con las Madres de la Candelaria. Marcela quería mucho a Teresita, Teresita Gaviria, y a veces iba al centro a llevar trabajo, o venía por hilos, a comprar hilos o así. Me decía: «Yo me voy a dar un pasoncito por las Madres», y se venía y le traía a Teresita, ahí al plantón, un jugueto o algún mecató; y hablaba con ella... como que era más confidente con ella que conmigo, culicagada. Y ese día que me mataron a mi muchacha era el plantón; le dije yo a Marta, mi hermana: «Marta, haceme un favor, hija: volate para el Centro. Volá, andá y buscá a Teresita Gaviria allá en el plantón, ahí en la Candelaria». Y dizque no la pudo encontrar, y el plantón era a las doce y media, y que no. Yo no sé si fue que no pudo o qué...

En todo caso, las Madres de la Candelaria sabía que yo contaba con que iba a ir al plantón, que las iba a acompañar... Y mentiras: a los ocho días fui a hablar con ellas y les conté. «¡Ay, no puede ser!». No, no... Todas se pusieron a llorar, todas me abrazaban. Es que prácticamente, para mí, Madres de la Candelaria fue el primer hombro en el cual lloré, en el cual de verdad pude desahogarme. Es que fue muy duro... Yo creo que a mí todavía me mantienen en pie las ganas de saber qué pasó con mis hijos, porque a ella, a mi hija, yo ni siquiera en esa tumba la visito. La hice hasta cremar; ese día yo pedí que me la cremaran más bien, porque sabía qué pasaba si yo seguía investigando. Lo peor que le pueden hacer a uno.

Le doy gracias infinitas a Dios por haberte puesto en mi camino. Le doy gracias infinitas a Dios por tu existencia. Le doy gracias infinitas a Dios por ese día que te encontré, el cual aún no olvido. Le doy gracias infinitas a Dios porque ese día te conocí para seguir recorriendo caminos impensados, en los cuales han sido muchas las veces que me has dado tu mano y abrazaste tan fuerte mi dolor que no pudiste continuar el camino sin voltear la mirada hacia atrás y, de esa forma, ver que yo no estaba sola; que detrás de mí venía una cantidad de mujeres que, igual que yo, estaban afectadas por ese dolor incomparable de la desaparición forzada; un dolor para el que, por más que pasen los años, no se ha podido encontrar un calificativo con el cual darle nombre.

Me mataron a mi esposo y quedé viuda. Se murieron mis padres y quedé huérfana. ¿Tú te has puesto a pensar o encontrarías la frase correcta para describir el dolor que sentimos las madres a quienes nos quitaron a nuestros hijos? ¿Y peor si continúan desaparecidos?

Un fuerte abrazo, mi querida Tata.

P. D.: Tata Tobón es una mujer maravillosa que ha estado por muchos años al lado de las mujeres que tenemos a nuestros hijos desaparecidos. Su nombre es Carmenza Tobón. Para todo el grupo de Madres, por cariño, es nuestra querida Tata. La conocí en el 2006 cuando, en compañía de Alejandrina Ayastuy, coordinaban la MAPP/OEA acá en Antioquia.

La conocí en un encuentro muy especial, en *Antioquia se toma la palabra*, y las llevé a Madres de la Candelaria Asociación Caminos de

Esperanza. Desde ese momento se convirtieron, y muy especialmente la Tata, en la mano derecha de las Madres de la Candelaria. Desde entonces, Tata ha seguido recorriendo caminos con miles de víctimas en nuestro territorio. Con su ayuda fuimos Premio Nacional de Paz.

Por siempre la llevaré en mi corazón.

Todo lo que me ha pasado es muy duro, porque he tenido que pasar por una violación, por el desplazamiento, porque me ahogaran el otro niño, por la muerte de mi hija, por la desaparición de mis muchachos... pero eso es lo que más lo mantiene a uno todavía como con fuerzas: la necesidad de saber qué fue lo que pasó, dónde los dejaron... si yo puedo tener esperanzas de algún día encontrarlos para poder estar más tranquila y poderme morir tranquila. Yo así lo escribo también: quiero saber dónde están mis hijos; por eso canto con el Coro Reconciliación.

Primero canté como diez años con el grupo de familias de la Red de Músicas; pero cuando me di cuenta, con el profesor que estudiábamos últimamente allá, que él también trabajaba con el grupo del Coro Reconciliación de la Filarmónica, yo le dije: «Profe Freddy, haceme un favor: yo me quiero ir para ese grupo». Y me dijo: «No, ¡pues vos qué te vas a meter por allá!». Y yo: «¿Cómo así? ¿Por qué no me puedo meter?». «Rosi... —Como ya todos me dicen Rosi—. Rosi, ¿cómo te vas a meter a ese grupo? ¿A usted no le da miedo?». Y yo: «A mí no me da miedo, a mí no me da miedo. Antes quiero volverme más amiga de ellos por si hay alguien que sepa de verdad dónde me dejaron a mis hijos».

«Yo vengo a ofrecer mi corazón»

Hace tantos años que pensé que no podría pronunciar palabras que pudieran demostrar que sí se puede y que, a pesar del dolor causado y de tanta sangre derramada, aún hay quien dice: «Yo vengo a ofrecer mi corazón». Tal vez mi corazón esté lleno de remiendos de muchos colores, pero la verdad es que mi corazón está lleno de paz, de armonía, de amor a Dios y de esos procesos que me han ayudado a levantarme de esas ruinas en que alguna vez caí. Yo creo que fue el mejor camino que Dios preparó para calmar mi tristeza.

La verdad es que mientras canto es mejor, pues me olvido hasta de quién soy. Me olvido hasta de esas personas que están a mi lado y solo me concentro en que tengo que dar todo mi esfuerzo para que esas notas de mis canciones lleguen hasta el corazón de Dios.

¿Por qué seguiré cantando?

Porque también es la forma que encuentro para expresar todo lo que siento, porque también es la forma que tengo de contarle al mundo que aún tengo esperanzas de encontrar a mis hijos, así sea para abrazar sus restos y poder morir en paz.

Yo le canto a la paz, yo le canto a la vida, yo le canto al niño Dios... y mi voz en muchas partes siempre será canción para que el mundo se dé cuenta de que queremos la reconciliación.

Espera

Son veinte años de espera. Veinte años de búsqueda. Veinte años de dolor, de angustia y de esperanza. Veinte años de cansancio en un corazón que cada día se debilita más por la angustia de no saber qué ha pasado, dónde están sus restos, dónde está su presencia, dónde los han dejado.

Hijos, tal vez Dios nos da fuerzas para continuar la búsqueda sin permitirle a nuestros pies que se cansen más, alargando el tiempo para no morir antes de saber la verdad tan anhelada.

Nos ha tocado llorar a solas, reír con un hermoso recuerdo, ver cómo pasa el tiempo y no llegan. Veinte Navidades que no están a nuestro lado, pero aún sus recuerdos siguen vivos en el corazón de una madre, hermanos y demás familiares que no los olvidarán. Es más fuerte la esperanza de volver a verlos que el desaliento que nos invade cuando llegan estas fechas y solo nos queda mirar al cielo y clamar a Dios por su amor y misericordia.

Compañeras, no estamos solas porque nos une una misma causa. Aquí estamos hasta que Dios dé por terminada nuestra misión.

Es por puro amor que deseo la reconciliación

«Tú y yo somos iguales», dice esta hermosa canción.

Dios nos ha encaminado y ha unido a este hermoso grupo con la intención de que nuestras voces lleguen a muchos seres que aún no han tenido la oportunidad de enderezar sus vidas hacia el camino de la reconciliación y el perdón. Se han perdido nuestros hijos, pero yo sigo buscando esa luz en el sendero para que así mi corazón pueda tener esa paz que tanto anhela.

No hay camino para la paz: la paz es el camino. Esta hermosa canción lleva todo un mensaje de amor y reconciliación.

No me digas que tus manos no se extienden para brindar un abrazo. No me digas que tus oídos no escuchan el llanto de un corazón que quiere salir del pecho para gritar.

Solo quiere la paz quien ya no quiere la guerra.

Para la guerra, nada

¿Seguiremos cantando?

¿Será que nuestros corazones sí están dispuestos a continuar con nuestra bulla?

¿Será que sí podemos mojar nuestros cuerpos con la lluvia mientras cantamos?

¿Será que Dios tiene dispuestos ya nuestros corazones para el perdón y la reconciliación?

Compañeros y compañeras:

Algún día podré decir que ustedes son lo mejor que me ha pasado después de tantas vivencias y dolor causado por una guerra que solo nos ha dado sufrimiento y separación de nuestros seres queridos, amistades y allegados.

Además de la música y del cantar, también me ha gustado escribir versos, poemas y canciones, porque cada vez que cuento mi historia parece que voy descargando un montón de piedras que llevo a mi espalda, entonces descanso un poco; de esta forma, me doy el permiso para pensar en el dolor de otros y otras. Dios pone en mi camino personas que requieren cada día que alguien las escuche y les brinde un abrazo sin juzgar ni señalar el porqué de su situación como víctimas.

Mi experiencia con la escritura comenzó cuando mi compañera Mary Luz, en la universidad, me comentó que hacía parte de una corporación llamada Ave Fénix. Cuando comenzaron unos talleres que ella y Lina María Palacio coordinaron, me tuvieron en cuenta y entré con mis niñas. Fue maravilloso. Allí fue donde saqué mis primeros escritos, que no pudieron salir en el libro *Vuelo del Fénix*. Quedé muy triste por este hecho. En este nuevo proceso, mi primer escrito es «La casa paterna».

Escribiendo me siento muy bien, siento que mis cargas pierden peso y aprovecho espacios como las filas en diferentes lugares para escribir lo que siento y lo que pienso. Hay momentos en los que siento que no quiero continuar por mi poco tiempo y por mi trabajo, porque este me quita mucho espacio, pero no quiero renunciar a continuar, porque es el mejor proceso que he encontrado en mucho tiempo. La escritura me ha servido para desahogarme, para contar lo que siento y para contar la historia de mi vida poco a poco. Hoy me doy cuenta de que escribir fue mi mejor terapia.

Gracias, mi Señor, por los seres maravillosos que me dan la mano para continuar mi recorrido. Hoy recuerdo con amor a mis padres; con ellos, estos días de Semana Santa se convertían en una fiesta: desde las cuatro de la mañana nos hacían levantar para hacer todos los destinos antes del camino. A mí me tocaba moler y pilar el maíz para las arepas y la mazamorra, hacer los patios y los caminos. Yo tenía que barrer con una escoba, una de ramas.

No te olvido, pueblo mío, y en mi corazón te llevo como recuerdo imborrable de mi infancia inolvidable.

Ramos que mamá solía hacer

«Corre, mi hija, y me traes el agua, que ya no hay. La necesito para yo alzar la panelita y el sancocho y lo demás; y que no se te olvide, mi hija, que te tienes que bañar. Llévate el jabón de una vez y no te vayas a demorar, para que nos vayamos para el pueblo a la misa y a la procesión».

¡Cómo olvidar el aroma de las flores del jardín: los nardos y los geranios, las azaleas y los sanjoaquines, las margaritas y las enredaderas! Los caminos se adornaban con el pino y algunos naranjos; también sus aromas nos llegaban.

Mi papá, muy elegante, salía con su ruana al hombro, su carriel de puro cuero, su machete y su sombrero; su camisa bien planchada, con su cuello almidonado, y su pantalón de paño también bien planchado. «No te vayás a demorar, te lo advierto de una vez: si te encontrás con tus primas, con las hijas de José, no te pongás a jugar, que tu pela te ganás».

Caminábamos casi una hora descalzas por caminos empedrados para llegar al pueblo. Mi papá cargaba un trapo viejo para lavarnos y secarnos los pies antes de llegar al pueblo y colocarnos los zapatos, que nos tenían que durar todo el año. Entrábamos a la iglesia a escuchar la Santa Misa para regresar al campo; ya no teníamos prisa. En los quioscos de la plaza nos daban leche y un rollo; y, si nos daba más hambre, un buen sancocho de pollo o rellena con arepa, ¡esa sí que era bien buena!, y de sobremesa, un sirope hecho con panela.

¡Cómo añoro mi campo, de donde tuve que salir por culpa de la violencia! Nos tocó partir dejando atrás la casa, sin saber qué iba a pasar al llegar a la ciudad. Mi padre solo sabía arar la tierra y sembrar todas esas hortalizas: yuca, plátano y maíz. Por ser la mayor de todas, me sacaron de la escuela para mandarme a trabajar sin cumplir ni los nueve años. Yo me tuve que enfrentar a unos trabajos muy duros por cualquier peso y así poder ayudar un poquito a mis padres.

No quiero alargarme más con mis hermosas historias, pero doy gracias a Dios porque están en mi memoria. Escribo para sanar los dolores de mi alma y poder sacar afuera lo que por dentro me daña.

Libia Marcela Berrío Usma

Fue asesinada el 16 de junio de 2004.

Dejó a dos hijas sin el amor de una madre y a una madre sin el amor de su hija.

Duber Andrés Berrío Usma

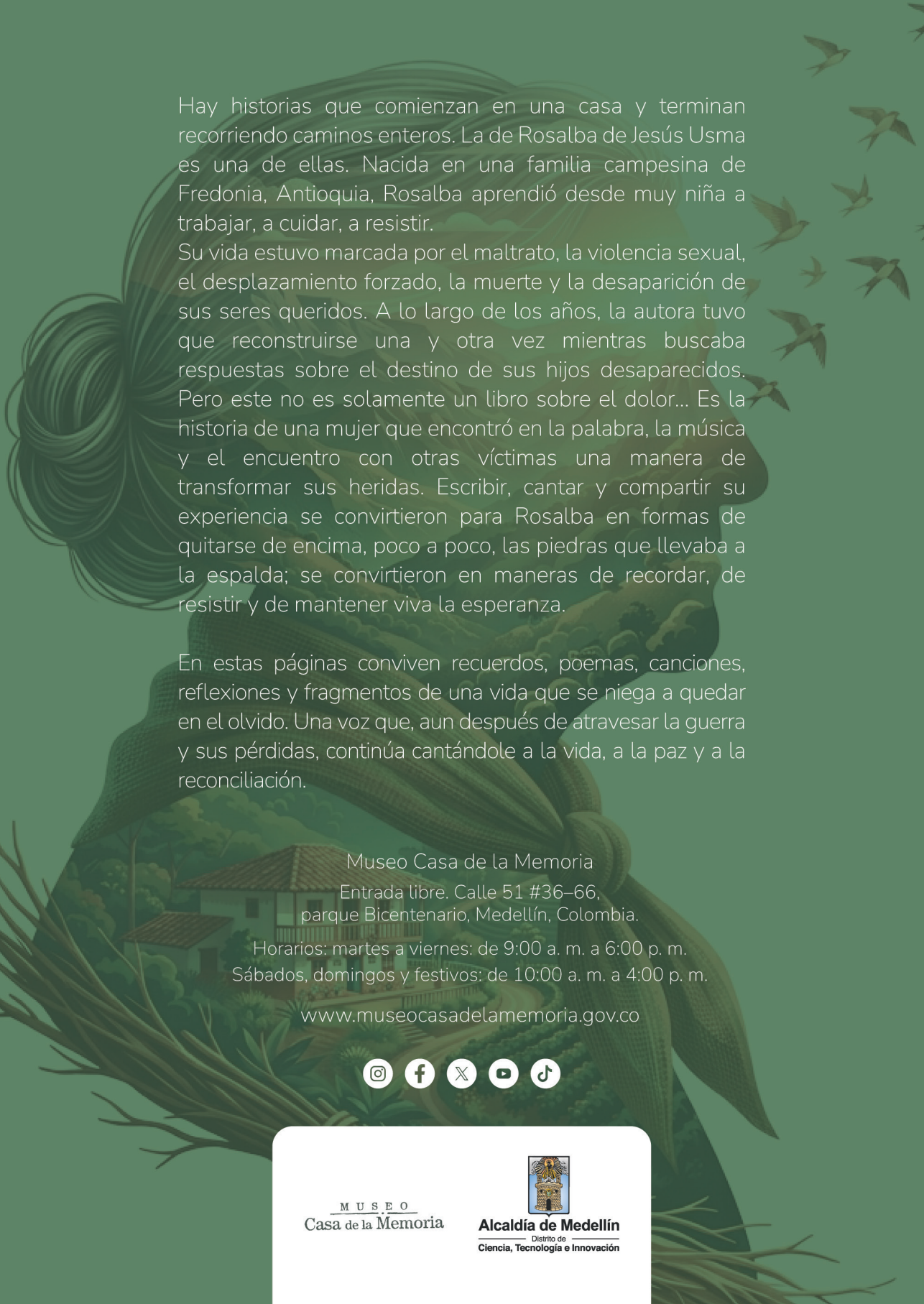
Fue desaparecido el 23 de noviembre de 1998.

Adrián Giovanni Berrío Usma

Fue desaparecido el 6 de junio de 2002.

Son mis hijos y quiero saber la verdad.

Recordar es vivir, recordar es amar.



Hay historias que comienzan en una casa y terminan recorriendo caminos enteros. La de Rosalba de Jesús Usma es una de ellas. Nacida en una familia campesina de Fredonia, Antioquia, Rosalba aprendió desde muy niña a trabajar, a cuidar, a resistir.

Su vida estuvo marcada por el maltrato, la violencia sexual, el desplazamiento forzado, la muerte y la desaparición de sus seres queridos. A lo largo de los años, la autora tuvo que reconstruirse una y otra vez mientras buscaba respuestas sobre el destino de sus hijos desaparecidos. Pero este no es solamente un libro sobre el dolor... Es la historia de una mujer que encontró en la palabra, la música y el encuentro con otras víctimas una manera de transformar sus heridas. Escribir, cantar y compartir su experiencia se convirtieron para Rosalba en formas de quitarse de encima, poco a poco, las piedras que llevaba a la espalda; se convirtieron en maneras de recordar, de resistir y de mantener viva la esperanza.

En estas páginas conviven recuerdos, poemas, canciones, reflexiones y fragmentos de una vida que se niega a quedar en el olvido. Una voz que, aun después de atravesar la guerra y sus pérdidas, continúa cantándole a la vida, a la paz y a la reconciliación.

Museo Casa de la Memoria

Entrada libre. Calle 51 #36-66,
parque Bicentenario, Medellín, Colombia.

Horarios: martes a viernes: de 9:00 a. m. a 6:00 p. m.

Sábados, domingos y festivos: de 10:00 a. m. a 4:00 p. m.

www.museocasadelamemoria.gov.co



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación